

sobre el agitado mar, y calmará la tormenta; gracia que alcanzaremos, no vaciléis, por medio de la oración.

La oración: he aquí nuestra arma poderosa, arma que esgrimiremos contra los enemigos que nos azotan, porque ella sola será bastante á los verdaderos cristianos para alcanzar de Dios la serenidad y la calma, obteniendo, ante todo, el perdón de los pecados que nos han hecho indignos hasta aquí, de sus grandes misericordias. Y no lo olvidéis: *todo lo que pidieréis al Padre en mi nombre, dice Jesucristo por el Evangelista San Marcos, lo hará para que sea el Padre glorificado en el Hijo.* Confianza y siempre confianza, seguros como debemos estarlo de que: *Non est alia natio tam grandis quae habeat Deos appropinquantes sibi, sicut Deus noster adest cunctis obsecrationibus nostris.*—DEUT. IV, 7. XI, 27. Y si volviendo sobre nuestros pasos corregimos aquella extraviada conducta, y sin vacilar seguimos por el recto sendero que se nos ha trazado, ¿quién podrá dudar del triunfo? El nos pertenece por entero, y lo tenemos en la mano, si logramos contener la omnipotente diestra del Señor que en su justicia nos hiere y nos oprime. La tempestad arrecia, es verdad; los enemigos de la Iglesia ponen en juego todos los medios que están á su alcance para destruirla, y no parece, al aprestar sus arreos, sino que se libra ya el último combate; y así es la verdad, como lo indica la actitud desesperante que aquellos han tomado, y muy en breve, Dios lo quiera, los veremos confundidos, para su propio bien, bajo los escombros del débil edificio que se prepararon. La causa pertenece á Dios, suya es la bandera que flotará en la batalla, y pronto veréis que no fácilmente cederá á los enemigos de su nombre, el honor de la victoria.

¿Lo recordáis? Cumplida en la tierra la misión sublime de Nuestro Señor Jesucristo, se presentó oficialmente allá en Jerusalém, el primer Pontífice que debiera continuarla como su Vicario y legítimo representante. Nació la Iglesia, y desde luego se hicieron ostensibles sus primeros frutos ante aquel pueblo deícida, poniendo en alarma al potentado cuya tiranía se hacía sentir entre todos los que estaban sujetos á su jurisdicción. La sangre del Cordero regeneraba al mundo, y el infierno no podía ver con indiferencia un resultado semejante terminado apenas el sacrificio del Calvario, y se propuso poner fin á la obra allí donde tenía su principio; justificándose con esto que la Iglesia que se fundaba para salvar á la humanidad y ser la depositaria de la verdad eterna hasta la consumación de los siglos, tendría en su dilatada carrera el carácter de militante. Y no hay de qué alarmarnos; porque si tuvo su principio en la persecución, nadie extrañará que esa persecución la siga en todos tiempos: esa persecución es su vida; ella es la savia que la fecunda, y ella la que á todas horas, muy á pesar de sus émulos gratuitos, hace que se les presente triunfante, grande y majestuosa, si bien ceñida siempre su frente con la inmortal corona del martirio. Las cadenas de un tirano quisieron ahogar la voz de la verdad en oscuro calabozo, y si la Iglesia hubiera de atenerse á sólo los elementos humanos, nadie pondría en duda, como dice un escritor contemporáneo, “que aprisionado el primer jefe de la misma y condenado á muerte, todo hubiera concluido, y la tumba en que cayera la idea salvadora de regeneración social, se habría cerrado para siempre.” ¡Pero nada de ello acaeció! La causa, como dijimos antes, no pertenece á los hombres,

cautiverio, no se le escasearon los ultrajes; víctima fué del engaño y la violencia; pero sin saberlo, y como sin quererlo, y sólo obedeciendo á los altos juicios de Aquél *que es Rey de los reyes y Señor de los que dominan; que exalta á los humildes y abate á los soberbios*, fué aquel emperador á manchar su corona á la inolvidable Moscow, y á tirarla con el cetro en las playas del Beresina; y el Papa volvió á Roma. . . . . y el Papa contempló desde allá al humilde prisionero de la Isla de Santa Elena. ¡Juicios de Dios! ¿Y qué diríamos de otro emperador que faltando á solemnes compromisos, retiró las fuerzas que custodiaban á Roma para entregarla atada en manos del enemigo? . . . . Que los campos de Sedán respondan por nosotros.

No hacemos política, como se dice en estos tiempos; y líbrenos Dios de ingerirnos en aquello que no corresponda á nuestro carácter de Pastor del rebaño que se nos encomienda. Daremos á Dios lo que es de Dios, y al César lo que es del César. Nos hemos referido á la historia, y de los hechos que nos suministra, deducimos ciertas consecuencias, y de éstas nuestras esperanzas, y nada más.

Nada tememos ni estamos alarmados por el porvenir de la Iglesia: nuestro corazón se oprime, es verdad, en fuerza del dolor, y tiemblan y se agitan sus más delicadas fibras, al considerar que en la misma proporción que los males aumentan, sintiéndose cada día más y más lo rudo del ataque contra todo aquello que pertenece á Dios; en esa misma proporción crecen y se desarrollan entre los hombres los odios más crueles, que dividiendo las familias, y por consiguiente la sociedad, todo lo trastornan; y la paz, el más grande beneficio que podemos

recibir del cielo, casi no se hace sentir ya ni en el hogar doméstico. ¿Y de dónde semejantes males, sino de que nos hemos acostumbrado los hombres á estimarlos como obra de los hombres? No, venerables hermanos y amados hijos nuestros: lo hemos indicado en otra parte, los males que sufrimos, nos vienen de la permisión de Dios que así quiere castigarnos en sus grandes misericordias, para que abrumados con su peso, bien merecido por nuestras iniquidades, nos veamos obligados al ver que naufraga nuestra nave, á dirigirnos al Piloto Supremo, para decirle lo que allá en el mar de Galilea le dijeron sus discípulos en medio de la tempestad: sálvanos, Señor, que perecemos. ¿Acaso el paciente Job, por más que se considerara oprimido del demonio, pudo estimar sus sufrimientos como la obra del mismo enemigo? El Señor me lo dió, decía, el Señor me lo quitó; *Dominus abstulit*; reconoció la mano del Señor, y por su humillación recibió el premio merecido. Busquemos, pues, á su Divina Majestad por medio de nuestras oraciones; hagámosle santa violencia, y dejémonos de fijar la atención en todos aquellos á quienes ha tomado y toma por instrumento de sus justas y paternales venganzas, si no es para compadecerlos y amarlos en Jesucristo, que así lo quiere y así lo manda á los que queramos seguirle por el camino que nos ha trazado: *amad á vuestros enemigos*, dice, *haced bien á aquellos que os aborrecen y os persiguen. Este es mi mandamiento, que os améis los unos á los otros, como yo os amo á vosotros*; y este precepto que nos es tan conocido y no podemos declinar, nos atraerá, llevado á la práctica, todas las bendiciones del cielo. Pero la oración no consiste sencillamente en pedir, sino en pedir con fe y con un corazón recto

que pueda elevarnos hasta Aquél á quien nos dirigimos; y esa rectitud de nuestro corazón sólo procederá, cuando nuestras obras estén ajustadas á la ley del Señor por el cumplimiento de sus divinos preceptos. Sed, pues, dóciles á esa misma ley; seguid siempre y sin intermisión por el camino de la virtud; huid á todas horas de las asechanzas con que el error pretende sorprender vuestros entendimientos y la concupiscencia vuestra voluntad: Estad sobre aviso, os diremos con el Apóstol, cuidado que nadie os seduzca por medio de una filosofía falsa y falaz, conforme á las máximas del mundo, y no á la doctrina de Jesucristo. . . . . Se os han dado pastores para que no seais ya niños fluctuantes, ni os dejéis llevar de todo viento de doctrina, por la malignidad de los hombres, que engañan con astucia para introducir el error. El demonio está siempre vigilante, y siempre ofreciendo á los hombres por este ó por aquel medio las riquezas, el honor y los placeres, repitiéndoles lo que decía á Nuestro Señor Jesucristo: *Hæc omnia tibi dabo, si cadens adoraveris me.* Y si el demonio está alerta, justo es que nosotros lo estemos para oponernos á sus terribles y bien frecuentes ataques; y cuando con una conciencia verdaderamente tranquila podamos dirigir á Dios nuestras humildes plegarias, estad seguros de que por más que nos parezca dilatada la hora de la reconciliación, ella llegará, porque Jesucristo no duerme en la nave, como lo creyeron los Apóstoles; *Él se levantará y mandará á los vientos y á los mares,* y los mares y los vientos escucharán su augusta y potente voz.

En lo dicho hasta aquí, que ya parece importar una verdadera digresión, no nos hemos propuesto más que

presentaros, á ligeras pinceladas, los motivos de credibilidad en que apoyamos nuestra confianza, para esperar de Dios Nuestro Señor, grande siempre en sus misericordias, se digne aceptar y bendecir las humildes tareas que vamos á emprender al tirar de nuevo nuestras redes, y que tenderán todas, como lo deseamos, á la gloria de su nombre y santificación de vuestras almas; no sin haber llamado también vuestra atención sobre la necesidad que tenemos de orar, y orar *sine intermissione.* Pero esto no quiere decir que cuando el enemigo pone en juego sus maquinaciones, para acabar con todo lo que pertenece á Dios y relegarlo hasta el olvido, si dado le fuera, debamos permanecer inactivos, orando y exclusivamente orando; sino que al confesar á Jesucristo, trabajemos también en la defensa de la verdad, oponiendo á nuestros enemigos un muro de bronce en que se estrellen y nulifiquen todos sus ataques. ¿Los recibimos de la prensa impía? Nadie puede negarnos nuestro derecho ni acusarnos de abuso y ligereza, si nos valemos de la misma prensa, con juicio y moderación, para poner en claro la injusticia de su causa. Nadie dirá que los católicos, por el sólo hecho de serlo, estamos obligados nada más á escuchar, constante é impasiblemente, los rudos ataques que, por la blasfemia y cuantos medios tienen á la mano los enemigos, dirigen sin cesar á nuestras creencias. ¿Se trata de corromper á la niñez y á la juventud? ¡Oh padres de familia que nos escuchais! Velad en fuerza de vuestros derechos naturales y civiles, y nada omitais que tienda á conservar en el corazón de ese fruto querido de vuestra unión conyugal, el germen de la virtud y el temor santo que los hijos deben tener á Dios Nuestro Señor para no separarse ni

un ápice del cumplimiento de sus divinos preceptos. Estad alerta: no olvidéis jamás que son muchos los resortes que se ponen en juego, constantemente, para la perdición de vuestros hijos; esta es la tarea, este el punto capital de los enemigos de Dios, para llegar á aquel que se proponen; y os rogamos, por la sangre preciosa de Nuestro Señor Jesucristo y por el natural amor que debéis profesar á vuestros hijos, no veais el negocio con indiferencia: ellos son inexpertos, y fácilmente podrán dejarse llevar de la astucia de los enemigos. Nada haréis de más en tan importante materia, que no venga á redundar después en bien de vuestra propia tranquilidad: vuestros hijos son una parte de vuestro corazón, si no está todo en ellos; sois los responsables inmediatos ante los ojos de Dios de ese depósito sagrado que ha puesto en vuestras manos, y día llegará, tal vez no muy lejano, en que tengais que darle bien minuciosa cuenta de tan importante y delicada administración. Decid siempre á vuestros hijos, lo que Tobías á los suyos: Oid, hijos míos, á vuestro padre: servid al Señor en verdad, é indagad para hacer lo que le es agradable; y encargad á vuestros hijos que hagan obras de justicia y limosnas, que tengan á Dios presente y le bendigan en todo tiempo con verdad y con toda su fuerza.—TOB. CAP. XIV, V, X, XI.—*Enseña á tu hijo, dice el Espíritu Santo, y te recreará y causará delicias á tu alma.* PROV. XXIX, v. 17.

¿Tiende el ataque á corromper el hogar doméstico, ultrajando la santidad del matrimonio? Velad todos vosotros los que por experiencia propia sabéis lo que vale ese vínculo sagrado, para conservarlo incólume, y haced que vuestros hijos lo respeten también, como á

fuente única de donde procede el bienestar de la sociedad, que formada de las pequeñas agrupaciones que llamamos familia, nunca tendrá más valor que el que ésta represente; y hé aquí por qué los enemigos de todo orden social, no se equivocan al trabajar con ahinco por destruir el fundamento que la sostiene. Sí, defendamos con energía nuestros derechos, siempre que en conciencia los consideremos vulnerados; pero que nuestra defensa sea pacífica, sin que volvamos ofensa por ofensa, y mucho menos faltemos al respeto que es debido á las autoridades constituidas, de las cuales no olvidemos jamás que nos gobiernan en nombre de Dios, y que en conciencia estamos obligados á obedecerlas, en todo aquello que no ataque la ley del Señor, ni á los sacrosantos derechos de la Iglesia por Él establecida.—En caso contrario, repetiremos siempre el *non licet, non possumus*; más lo repetiremos con la respetuosa libertad y santa abnegación que usaron los cristianos. En una palabra, que nuestra defensa, cuando sea necesaria, esté apoyada en la justicia y el derecho; pero siempre enérgica y digna siempre, como debe serlo cuando se trata de la conservación de derechos sagrados é imprescriptibles. Defendemos la causa de Dios, y por consiguiente trabajamos en la defensa de los derechos y del bienestar de la sociedad, que no existiría si Aquél, en su misericordia, no la sostuviera con su fuerza.

¿Y quién puede poner en duda que en las tristes y bien difíciles circunstancias por que atravesamos, se ha llegado el caso de no permanecer indiferentes, al tratarse de la conservación ó ruina de una sociedad trabajada, más allá de lo que pudiera pensarse, en fuerza de las malas doctrinas que han venido inoculándose en su se-

ni se sostiene con tan pobres arbitrios: Dios estaba con su siervo, y lo puso á salvo, escuchando la plegaria de los primeros creyentes, *que hacían sin intermisión oración á Dios por él.* ACT. XII, 5; y Pedro, venerables hermanos y amados hijos nuestros, fué puesto en libertad, como lo sabéis, por ministerio de un ángel; y aquellas cadenas que lo sujetaban, y aquellos soldados que le servían de guardia, nada pudieron contra la voluntad del Señor. Mas no echéis en olvido que tan espléndido triunfo del cielo contra el infierno, no se obtuvo sino por medio de la oración, y ésta *sine intermissione.*

¿Y qué otra cosa ha sucedido en las bien frecuentes tempestades que en el transcurso de tantos años han venido desatándose contra la Iglesia de Dios? ¿Qué alcanzaron los tiranos de la antigua Roma, sacrificando á los Pontífices que en los primeros siglos establecieron allí su Sede? ¿Qué, sino prepararles con la sangre el solio que ellos tuvieron que abandonar, pasando á la posteridad únicamente el triste recuerdo de sus efímeros cuanto criminales triunfos? ¿Qué consiguieron en la Roma moderna los Garibaldi, los Mazzini y los Cavour, al promover la más inicua de las revoluciones que, entre otras, hemos presenciado en el presente siglo? La Casa de Saboya ostenta, es verdad, sus triunfos en la Roma de los Papas; pero si por más de cuatro lustros ha podido sostenerse allí, y pasarán otros tantos y aun más, si Dios así lo permite, será siempre sin que el mundo civilizado llegue á sancionar, ni tener por legítima, la autoridad de aquel que por fuerza de las bayonetas, pero sin legítimo derecho, que nunca da la usurpación, ha fijado su trono en el Quirinal; y esa falta de legitimidad se ocupan en demostrarla á todas horas los mismos que

interesados debieran estar en el aseguramiento de los dominios que han podido conquistar. Verdad es que trabajan sin descanso por lograrlo así, y bien desearan que el mundo viese en sus frecuentes maquinaciones contra el prisionero augusto del Vaticano, el ejercicio de derechos legítimos, y obtener en su favor la sanción que en vano pretenden. ¡Trabajos estériles! Esas agitaciones convulsivas indican, á toda hora, que los conquistadores están fuera de su lugar, que no se tienen firmes; y día llegará, no lo dudemos, en que la capital del mundo católico y los dominios que le pertenecen, se vean libres por la voluntad de Dios, de todo elemento espurio; y dada la situación á que la Italia ha llegado en fuerza de los últimos acontecimientos, derecho tenemos para augurarnos que pronto pasará todo, como pasan las obras de los hombres, para quedar sólo en pie y con la firmeza que le corresponde, la obra de Dios. Lo estamos viendo: habla Pedro en el Vaticano, y se estremece el Quirinal; los grandes hombres de esa revolución se agitan sin cesar, y bien quisieran en sus perversos designios ahogar para siempre, si dado fuera, la potente voz del que sin temores, atado pero lleno de energía, habla constantemente al mundo para protestar contra la usurpación de sus derechos, derechos incuestionables de que jamás podrá gloriarse ninguna dinastía.

Y aquella hora sonará como han sonado otras. ¿Qué fué, decidnos, del grande emperador que en la infancia del presente siglo hizo estremecer al mundo con la fuerza de sus armas? ¿Qué, desde el momento en que embriagado por su triunfo de Austerlitz, dirigió mirada de fuego sobre la santa residencia de los Papas? La invadió, es verdad; el inmortal Pio VII fué arrastrado al